

El resto de gran tradición que les queda a las naciones del siglo XX, el resto de «forma» histórica, de experiencia vertida en la sangre, elévase, pues, a un poder sin igual. La piedad *creadora* o, para concebirlo más hondamente, un remotísimo ritmo de las épocas primitivas, que actúa configurando la voluntad, no subsiste para nosotros sino en formas anteriores a Napoleón y la Revolución [219], en formas espontáneamente producidas y no reflexivamente planeadas. El más pequeño resto de dichas formas que se conserve en la existencia de alguna minoría cerrada, crecerá pronto hasta convertirse en inmensurable valor y producirá efectos históricos que en este momento nadie considera posibles. Las tradiciones de una vieja monarquía, de una vieja nobleza, si son aún bastante sanas para alejar de sí la política como negocio o como abstracción, si poseen honra, renuncia, disciplina, auténtico sentido de una gran misión, *cualidades de raza*, crianza, sentido de los deberes y sacrificios, pueden llegar a ser el centro que contenga el curso vital de un pueblo y le ayude a trasponer estos tiempos y abordar a las costas del futuro. Todo estriba en estar «en forma». Trátase de la época más difícil que conoce la historia de una gran cultura. La última raza «en forma», la última tradición viva, el último jefe que tenga ambas cosas tras de sí, pasará vencedor y llegará a la meta.

#### 14

Llamo cesarismo a la forma de gobierno que, pese a toda fórmula de derecho público, es en su esencia completamente informe. Nada importa que Augusto en Roma, Hoangti en China, Amosis en Egipto, Alp Arslan en Bagdad, envuelvan su posición en los nombres de viejos cargos. El espíritu de estas viejas formas está muerto [220]. Por eso todas las instituciones, aunque trabajosamente sean conservadas, carecen ya de sentido y peso. Lo único que significa algo es el poder personal que ejercen por sus capacidades el César o, en su lugar, un hombre apto. El mundo, colmado de formas perfectas, reingresa en lo primitivo, en lo cósmico ahistórico. Los periodos biológicos substituyen a las épocas históricas [221].

Al principio, cuando la civilización se desenvuelve en plena florecencia—hoy—, ofrécese el milagro de la ciudad mundial, magno símbolo pétreo de lo informe y enorme, suntuosa, dilatada en orgullo acaparador. Aspira las corrientes vitales del impotente campo, chupa las masas humanas que caen sobre ella como capas de arena empujadas por el viento y se introducen entre las piedras. En la ciudad mundial celebran el espíritu y el dinero su última y suprema victoria. Es la ciudad mundial lo más artificioso y refinado que se ofrece bajo la luz del mundo a los humanos ojos; algo inquietante e inverosímil que casi se encuentra ya allende las posibilidades de la forma cósmica.

Poco después desaparecen, desnudos y gigantes cos, los hechos puros, sin ideas. El ritmo eterno del cosmos ha superado definitivamente las tensiones espirituales de pocos siglos. El dinero triunfó bajo la forma de la democracia.

Hubo un tiempo en que él solo—o casi solo—hacía la política. Pero tan pronto como hubo destruido los viejos órdenes de la cultura, surge sobre el caos una magnitud nueva, prepotente, que ahonda sus raíces hasta el fondo de todo suceder; los hombres de cuño cesáreo. Estos son los que aniquilan la omnipotencia del dinero. *El Imperio significa, en toda cultura, el término de la política de espíritu y de dinero.* Los poderes de la sangre, los impulsos primordiales de toda vida, la inquebrantable fuerza corporal, recobran su viejo señorío. Despunta pura e irresistible la raza. El éxito para el fuerte y el resto, botín. Apodérase del gobierno del mundo y el imperio de los libros y de los problemas se anquilosa o se sumerge en el olvido. A partir de este instante, vuelven a ser posibles sinos heroicos, como los de los tiempos primitivos, sinos que no se velan para la conciencia tras un sistema de causalidades. Ya no existe ninguna diferencia interior entre la vida de Séptimo Severo y Galieno o la de Alarico y Odoacro. Ramsés, Trajano, Wu-ti, pertenecen al uniforme fluctuar de los periodos inhistóricos [222].

Desde que despunta la época imperial ya no hay problemas políticos. Las naciones se las arreglan con las situaciones y los poderes que encuentran. Torrentes de sangre habían enrojecido en la época de los Estados en lucha las calles de las ciudades mundiales para realizar las grandes verdades de la democracia y conquistar derechos, sin los cuales la vida no parecía valiosa y digna de ser vivida, Pero ahora estos derechos ya están conquistados y, sin embargo, los nietos no se deciden a emplearlos, ni aun bajo la amenaza de castigos. Cien años más, y ya ni los historiadores comprenden las viejas controversias. Ya en la época de César la población distinguida casi no tomaba parte en las elecciones [223]. Al gran Tiberio le amargó la vida el hecho de que los hombres más capaces de su tiempo se retrayesen de toda política. Nerón no pudo obligar, ni siquiera por la amenaza, a los caballeros a que vinieran a Roma a ejercitar sus derechos. Es el fin de la gran política, que antaño fuera un substitutivo de la guerra por sus recursos espirituales, y que ahora abandona el puesto a la guerra en la forma más primitiva.

Por eso desconoce por completo Mommsen el sentido de la época [224], cuando emprende un profundo análisis de la «monarquía» creada por Augusto con su división de poderes entre el príncipe y el Senado. Un siglo antes, esta constitución hubiera sido algo real; pero, por lo mismo, no se le habría ocurrido a ninguno de los hombres fuertes de entonces. Pero ahora ya no significa nada más que el intento de una personalidad débil para engañarse con meras formas acerca de los hechos irreparables. César vio las cosas como eran y orientó su soberanía, sin sentimentalismo, según puntos de vista prácticos. La legislación de sus últimos meses se ocupó exclusivamente en prescripciones transitorias, ninguna de las cuales estaba pensada en duración. Esto es lo que no se ha tenido nunca en cuenta.

Era harto profundo conocedor de las cosas para querer, en aquel momento, ante la inminencia de la campaña contra los Partos, prever la evolución e imponerle formas definitivas. Pero Augusto, como antes Pompeyo, no era el dueño de sus

partidarios, sino que dependía de éstos y de sus opiniones. La forma del principado no es invención suya, sino la realización doctrinaria de un vetusto ideal partidista, que otro débil—Cicerón—había bosquejado [225]. Cuando Augusto, en el 13 de enero de 27, en una escena sincera, pero por lo mismo tanto más absurda, devolvió «al Senado y al pueblo romano» el poder político, conservó para sí el tribunado, y éste fue, en verdad, el único trozo de realidad política que se manifestó entonces.

El tribuno era el legítimo sucesor del tirano [226], y ya C. Graco había dado en 122 al título un contenido que no reconocía los límites legales de una función, sino sólo los del talento personal que poseyese el titular. De él conduce una línea recta por Mario y César, hasta Nerón joven, cuando se opuso a los propósitos políticos de su madre Agripina. En cambio, el *princeps* [227] fue desde entonces un traje, un rango y acaso un hecho social, pero desde luego no un hecho político. Justamente este concepto iba ya en la teoría de Cicerón envuelto en un resplandor y unido al de divo [228]. En cambio, la colaboración del Senado y el pueblo es una ceremonia tradicional, en la cual no había más contenido de vida que en los usos—restablecidos también por Augusto—de los hermanos Arvales. Los grandes partidos de la época de los Gracos se habían convertido hacia tiempo en séquitos, Cesarianos y Pompeyanos. Finalmente, quedó por una parte la omnipotencia informe, el «hecho», en el sentido más brutal, el «César» o quien consiguiera reducirlo a su influencia, y, por otra parte, el manojito de limitados ideólogos que ocultaban su descontento tras la filosofía e intentaban realizar su ideal por medio de conjuraciones. En Roma fueron éstos los estoicos; en China, los confucianos.

Ahora ya se comprende bien la famosa «gran quema de libros» que mandó hacer el Augusto chino en 212 antes de Cristo y que en las cabezas de literatos posteriores ha tomado el cariz de una inaudita barbarie. Pero César cayó, sacrificado por los entusiastas estoicos en pro de un ideal que ya era imposible [229]; al culto al divo opusieron los círculos estoicos un culto de Catón y de Bruto; los filósofos en el Senado (que por entonces era tan sólo una especie de club de los nobles) no se cansaron de lamentar la caída de la libertad y de organizar conjuras, como la de Pisón en 65, cosa que, a la muerte de Nerón, casi resucitó los tiempos de Sila. Por eso Nerón mandó matar al estoico Paeto Thrasea y Vespasiano a Helvidio Prisco; por eso fue recogida y quemada la obra histórica de Cremutius Cordus, que ensalzaba a Bruto como el último romano. Fue un acto defensivo del Estado frente a una ideología ciega. Conocemos muchos semejantes de Cromwell y Robespierre. En situación idéntica se encontraban los Césares chinos frente a la escuela de Confucio, que antaño había elaborado su ideal de un orden político y no sabía ahora soportar la realidad. La gran quema de libros no fue sino la destrucción de una parte de la literatura político-filosófica y la supresión de la enseñanza y de las organizaciones secretas [230]. Esta actitud defensiva duró en ambos Imperios un siglo. Después desapareció hasta el recuerdo de las pasiones políticas partidistas, y las dos filosofías se convirtieron en la concepción dominante, cuando llegó el Imperio a su madurez [231]. El mundo se ha transformado ahora en el teatro donde se desarrollan las

*historias trágicas de algunas familias*, que deshacen la historia de los Estados, como la ruina de la casa Julia-Claudia y de la casa de Schi Hoang-ti (ya en 206 antes de Jesucristo), o como los destinos de la soberana egipcia Hatschepsut y sus hermanos (1501-1447). Es el último paso hacia lo definitivo. Con la paz mundial—*la paz de la alta política*—retrocede «el lado de la espada» en la existencia y recobra su dominio el «lado del huso» [232]. Ya no hay más que historia privada, sinos privados, ambiciones privadas, desde las míseras necesidades del felah hasta las tremendas peleas de los Césares por la *posesión privada* del mundo. Las guerras en la época de la paz mundial son guerras privadas; mucho más terribles que las guerras entre Estados, porque son informes.

Pues la paz mundial—que ha existido muchas veces—significa la renuncia privada de la enorme mayoría a la guerra; por lo cual esta mayoría, aunque no lo declare, está dispuesta a ser el botín de los otros, de los que *no* renuncian. Comienza con el deseo—mortífero para los Estados—de una reconciliación universal y termina no moviendo nadie el dedo cuando la desgracia cae sobre el vecino. Ya bajo Marco Aurelio no pensaba cada ciudad ni cada comarca más que en si misma, y la actividad del soberano era una actividad privada, junto a otras. Para los remotos habitantes eran él, sus tropas y sus fines, tan indiferentes como los propósitos de las mesnadas germánicas. Sobre esta base *psíquica*, sobre esta disposición de los ánimos desarróllase un segundo período de «Wikingos». Ya no son las naciones las que están «en forma», sino las banderías y séquitos de aventureros, llámense Césares, generales rebeldes o reyes bárbaros, para quienes la población, en último término, no es sino un elemento del país mismo. Existe una profunda afinidad entre los héroes de los tiempos micenianos y los emperadores-soldados, entre Menes acaso y Ramsés II. En el mundo germánico resucitarán los espíritus de Alarico y Teodorico, de los que la aparición de Cecil Rhodes nos da como un vislumbre; y los exóticos directores de la época primitiva rusa, desde Gengis Kan hasta Trotzki, no son demasiado distintos de muchos pretendientes de las repúblicas románicas de Centro América, cuyas luchas privadas hace tiempo que han anulado la época formalista del barroco español.

Con el Estado en forma, échase a dormir también la alta historia. El hombre torna de nuevo a ser planta, siervo de la gleba, obtuso y permanente. La aldea «fuera del tiempo», el eterno aldeano reaparece, engendrando niños y metiendo trigo en la madre tierra, laborioso enjambre sobre el que pasa con viento de tormenta el torrente de los soldados imperiales. En medio del campo yacen las viejas ciudades mundiales, vacíos habitáculos de un alma extinta, en los que lentamente anida la humanidad sin historia. Se vive al día, con una felicidad mezquina y una gran paciencia. Los conquistadores que buscan botín y fuerza en ese mundo pisotean las masas; pero los supervivientes llenan pronto los vacíos con fecundidad primitiva y siguen aguantando, Y mientras en las alturas alternan victoriosos y vencidos en eterno cambio, abajo los pequeños rezan, con esa poderosa devoción de la segunda religiosidad que ha superado para siempre toda duda [233]. En las almas la paz universal se ha hecho realidad, la paz de Dios, la beatitud de frailes ancianos y de anacoretas; pero sólo en las almas. Se

ha desarrollado en ellas esa profundidad en la aceptación del dolor, profundidad que el hombre histórico desconoce en el milenio de su desenvolvimiento. Con el término de la gran historia reaparece la gran conciencia sacra y tranquila. Es un espectáculo que, en su falta de finalidad, resulta sublime, un espectáculo sin objetivo y lleno de grandeza, como el curso de los astros, la rotación de la tierra, la alternancia de tierra y mar, de hielos y bosques. Podremos llorar o admirar; pero la realidad es esa.

---

## Notas

[58] Véase t. III, pág. II, y nota a la pág. II.

[59] Sólo la mujer sin raza, la que no puede o no quiere tener hijos, la que ya no es historia, podría *hacer* la historia de los hombres, imitarla. Por otra parte, hay un profundo sentido en la designación de «viejas mujeres» con que se califican a veces, por sus convicciones antipolíticas, los pensadores, doctrinarios y místicos del humanitarismo.

Quieren imitar la otra política, la de las mujeres, aunque no pueden.

[60] Véase t. III, pág. 171 y ss.

[61] Mitteis, *Reichsrecht und Volksrecht [Derecho imperial y derecho popular]*, 1891, pág. 63.

[62] Sohm, *Institutionen*, 1911, pág. 614.

[63] Sobre este principio descansa el concepto de dinastía en el mundo árabe—Omegas, Comnenos, Sassanidas—, concepto difícil para nosotros. Cuando un usurpador ha conquistado el trono despósase con algún miembro femenino de la comunidad consanguínea, y continúa de este modo la dinastía. No hay, en principio, la menor idea de una sucesión regular. Véase J. Wellhausen. *Ein Gemeinwesen ohne Obrigkeit [Comunidad sin superioridad]*, 1900.

[64] R. Fick, *Die soziale Gliederung im nordöstlichen Indien zu Buddhas Zeit [La división social en la India del nordeste en la Época*

*de Buda]*, 1897, pág. 301; K. Hillebrandt, *Alt-Indien [La India antigua]*, 1899, pág. 82.

[65] La facilidad con que en Rusia ha extinguido el bolchevismo las cuatro llamadas clases sociales de la época petrínica—nobles, comerciantes, pequeños burgueses, labradores—demuestra que estas clases eran simple imitación y práctica administrativa, pero sin simbolismo.